

EDITORIAL

FRAGMENTACION EN AMERICA LATINA

América Latina debe iniciar el camino que le conduzca al establecimiento de esquemas de integración fuertes y sólidos. La situación actual es insostenible y, sobre todo, dispersa la adopción de decisiones que lleven a que el espacio latinoamericano se convierta en un actor principal de las relaciones internacionales. No es posible seguir con múltiples esquemas de integración que no implican una verdadera unión entre los Estados americanos y que se encuentran estancados tanto en su dimensión política como económica. La simplificación en los acuerdos de integración existentes debería ser el primer paso para que se produzca la instauración de bloques económicos que, con los necesarios componentes políticos, permitan un desarrollo integral de la región. La historia de la integración en esta área del planeta ha generado una situación que, en el fondo, tiende a la fragmentación, precisamente a través de la creación de acuerdos de integración. Toda una paradoja que, en realidad, perjudica el bienestar en la región y que condiciona su capacidad de intervenir en la escena internacional. La voluntad política a favor de la integración queda diluida y no resulta posible alcanzar los objetivos que se pretenden alcanzar mediante la celebración de acuerdos de todo tipo.

La razón última que explica la existencia de una proliferación desmedida de esquemas de integración habría que encontrarla quizá en las diferencias que existen entre las políticas exteriores de los distintos Estados latinoamericanos y, también, en la ausencia de compromisos reales para la constitución de espacios que tengan capacidad de competir en las relaciones internacionales y que generen acuerdos a los que los Estados latinoamericanos queden plenamente vinculados. Más allá de las posiciones nacionalistas y de los intereses que tengan cada uno de los Estados de la región, los dirigentes de América Latina deberían reflexionar y proporcionar a los ciudadanos espacios de intensa colaboración, primero, en lo económico pero sin descuidar, en modo alguno, los aspectos sociales que tienen que estar presente en la integración. Los cambios políticos deberían producir un menor impacto del que tienen, en la actualidad, en la realidad integradora en América Latina. En definitiva, ha llegado la hora de que los Estados latinoamericanos abandonen posiciones puramente nacionales y decidan estar inmersos en espacios muchos más amplios en los que compartan decisiones y ámbitos de actuación con sus vecinos. Pero, además, se precisa que América Latina ofrezca una voz más homogénea en el concierto mundial, algo que ningún esquema de integración de los que existen es todavía capaz de ofrecer. La labor que desarrolla la CELAC en este ámbito se enfrenta a múltiples dificultades y no se puede decir, con rotundidad, que cumpla con intensidad el papel de representante de la comunidad latinoamericana en su conjunto y de sus Estados Miembros. Pero la concepción que concibe a la CELAC como un foro de representación de los intereses latinoamericanos y caribeños no es equivocada. Lo que se precisa es dotar a este foro de la capacidad real de aunar los distintos intereses en cuestión y ofrecer una posición común en muchas materias.

No se puede esperar mucho más. Debe cesar el surgimiento interminable de esquemas de integración en América y, en particular, en el área latinoamericana. Al mismo tiempo, ha llegado el momento de buscar fórmulas de articulación y también de fusión e, incluso, de extinción de algunos de los esquemas existentes. Los principios sobre los que se asienta la integración en América Latina están muy claros y se precisa de expresiones de voluntad política que condiciones y comprometan a los Estados para los próximos años, sin que cualquier cambio político deshaga los logros que se van alcanzando. UNASUR debería integrar en su seno a la Comunidad andina y a Mercosur, con la incorporación de los componentes económicos de la integración, lo que exigiría que el liderazgo en este modelo de integración fuese compartido. La cuestión es realmente difícil puesto que algunos Estados suramericanos han decidido dar prioridad a sus compromisos económicos a través de la Alianza del Pacífico. No cabe, sin embargo, otras posibilidades que procura la unión entre esquemas de integración y aclarar, con ello, el panorama de la integración en el conjunto de América. Las decisiones deben ser radicales en este sentido y con la única finalidad de que se consoliden acuerdos que proporcionen un espacio de libertad y bienestar en la región.

La fragmentación no es buena para el desarrollo económico y social y no tendría sentido alguno continuar con la escalada de creación de esquemas de integración de tal modo que, al final, dispongamos de tantos procesos de integración como número de Estados existen en el continente americano o, al menos, no conviene disponer de un número tan elevado de esquemas de integración como existen en la actualidad. La proliferación está mermando la capacidad de los esquemas de integración en América Latina y, en particular, está llevando a una situación en la que no se garantiza el éxito de ninguno de los acuerdos de integración existentes. América Latina precisa de un nuevo camino y, sobre todo, de una nueva concepción en materia de integración. Nada sería mejor para los ciudadanos que habitan en América Latina que pertenecer a esquemas de integración, pocos, que les proporcionasen bienestar.